

Una posada en el camino. Chile, en el viaje de la filosofía

JOSÉ JARA

Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile
Universidad Metropolitana, Santiago, Chile
Doctor en Filosofía

Resumen

La hipótesis de considerar a Atenas como la capital de la filosofía en Occidente, da margen para entender el ejercicio del pensar filosófico como inscrito en la figura del viaje y de los procesos migratorios de pensadores, en relación con un discurso plurilingüístico y carente de un único lugar de origen. Chile se introduce formalmente en 1935 en la ruta de viajes de la filosofía a través de dos inmigrantes que arribaron desde este mismo país, se asentaron primero en la Universidad de Chile y 10 años después en la P. Universidad Católica de Chile. El inicial desarrollo institucional endogámico en ellas y en otras universidades, continuó con variantes significativas a raíz y después del acontecimiento político iniciado en el país en septiembre de 1973. Es posible recoger y analizar huellas, datos públicos que traducen el impacto de este hecho en la existencia de la filosofía en Chile.

Palabras clave: filosofía, viaje, migraciones, Chile, existencia universitaria de la filosofía, cruce de la filosofía con hechos y acontecimientos sociales.

Abstract

The hypothesis that weighs up Athens as the capital of occident's philosophy, gives margin to understand that the philosophical thinking exercises have been registered as a thinkers migratory process and a journey figure, related with a multilinguistic discourse, which is devoid of a unique place of origin. In 1935, Chile will formally introduce itself in to the philosophy's journey route with two immigrants, who migrated from the aforementioned country. The immigrants begun their settlement at the University of Chile and ten years later continued at the Pontifical Catholic College. The initial institutional endogamic development of others and those Universities continued with significant changes as a result of the political event that started on September, 1973. It is possible to pick up and analyze public files and prints that make clear the political impact on philosophy's existence in Chile.

Key words: philosophy, journey, migrations, Chile, university existence of the philosophy, crossing of the philosophy with facts and social events.

Una posada en el camino. Chile, en el viaje de la filosofía¹

JOSÉ JARA

I

Una hipótesis de geografía filosófica y política, probablemente no descabellada, podría considerar a Atenas como la capital de la filosofía en Occidente. Si asumimos esa hipótesis y la elaboramos mínimamente, no resultaría muy extraño decir que todo el resto de los lugares, ciudades donde ella se ha asentado, por corto o largo tiempo, han estado pobladas por viajeros, por una suerte de inmigrantes desde o hacia aquella capital en la que una actividad humana logró adquirir un nombre propio y ser reconocida a través suyo: la filosofía.

Sería preciso tener presente también que desde un comienzo esa capital griega estuvo marcada por migraciones desde distintas otras ciudades del Peloponeso,

¹ En lo fundamental, este texto corresponde a la ponencia presentada en el Congreso Nacional de Filosofía realizado en la Biblioteca de Santiago, en octubre de 2009. Aunque ahora ha recibido algunos breves complementos en diversos párrafos, así como se incluyen otros que en ese momento no se leyeron, debido a la limitación del tiempo de lectura disponible. En la ponencia se recogen los primeros resultados parciales del proyecto FONDECYT N° 1070917, que se hallaba en ejecución.

compuestas por ese peculiar tipo de individuos que crearon un nuevo estilo de ejercer el pensar, que al incorporarlo a sus vidas cotidianas comenzaron a ser llamados filósofos. Algunos de ellos salieron más tarde desde allí hacia otras latitudes del mundo greco-romano de los siglos posteriores a los de su apogeo en ese lugar, hace ya 25 siglos. De modo que la condición de existencia misma de la filosofía cabría describirla como la del desplazamiento, de la migración reiterada, del viaje y, en especial, la de carecer de un único lugar en el que su ejercicio sea absolutamente nativo, aborigen. Así, el estilo de ejercicio del pensar puesto en obra por ella sería preciso entenderlo como uno ya configurado, recubierto por las huellas y señales que en su discurso han dejado el ir y venir por territorios, poblaciones, tipos de acciones y de relaciones humanas generadas por culturas diversas, practicadas en lenguas múltiples. Toda esa pluralidad de aspectos y de cuestiones no puede haber sido ajena a la constitución del *corpus* de tal pensar. De modo que, además, el ser políglota señala hacia otro rasgo necesario de añadir a la itinerancia, al viaje y proceso migratorio que delinean el perfil de las milenarias, históricamente diversas condiciones de existencia de la filosofía.

En los milenios posteriores a aquel siglo de oro ateniense que actuó como una suerte de primer registro civil cosmopolita de la filosofía, se han multiplicado los lugares y las lenguas en las que resuenan las muy diversas variaciones solistas o de cámara de aquel discurso de los comienzos. Lo pensado de acuerdo a las cadencias de aquel inicial *logos* griego persiste en hacerse oír hasta hoy como una suerte de bajo continuo que aún resuena entre las palabras del pensar que se enfrenta a interrogantes del presente. Solo que Occidente ha creado una nueva torre de Babel con otras lenguas modernas, y éstas han continuado pensando en su propio estilo lo que una vez fue solo griego. Con el correr de los muchos siglos, el filosofar convirtió a quienes practican tal ejercicio del pensar en trotamundos, tal vez en peregrinos o bien en nómades por viajes reales o

imaginados por entre las páginas de libros, en viajes posibles e imposibles a la vez. El curso de la historia de los hombres grabó sus sellos en sus múltiples viajes finitos a través de lo infinito. Y lo sucedido en ellos quedó registrado por quienes bien pudieran denominarse como los muchos payadores, cantantes y cantores que en el mundo han sido, y han compuesto en clave filosófica lo que cabría llamar, por así decir, sus versos a lo humano y lo divino.

La así llamada condición universal de la filosofía, que pareciera aún apelar a una versión o verso único, fundante o perenne, tiende a convertirse cada vez con mayor intensidad en un nostálgico eufemismo. La cruda realidad de muchas acciones y omisiones humanas, repetidas veces ha desenmascarado la condición universal de derechos, credos y declaraciones humanitarias hechas por hombres de todo el mundo. La invocación que todavía se hace de ella en algunos ámbitos, tal vez no tenga ya más aspiraciones que las de pretender amortiguar las diferencias territoriales y nacionales que –al menos con el paso de los siglos de la modernidad hasta hoy–, han ido quedando grabadas en las lenguas con que en la actualidad se reflexiona bajo el signo de la filosofía, por lo pronto, en este hemisferio del planeta e incluso más allá de él.

Con excepción probablemente de aquellos nombres ya clásicos de los filósofos que se repiten en los planes de estudio de cualquier Departamento de Filosofía de una Universidad cualquiera, en esos tres países de Europa –Alemania, Francia, Inglaterra, que en estos asuntos han ejercido en los últimos siglos un mayor poder de imantación sobre el resto de Occidente–, una y otra vez se puede comprobar la fuerte autorreferencia que en primera y segunda instancia han solido practicar en el ejercicio de sus actividades teóricas, convertidas hoy en una profesión universitaria. Es el peculiar estilo del oficio y de escritura con que suele ejercitarse la filosofía en los respectivos ámbitos culturales de esas tres sociedades –siendo muy restrictivos en cuanto a la cantidad de

esta nominación–, lo que, para la percepción de más de algunos, hace resaltar la diferencia en los estilos de comunicación a través de cada una de esas tres lenguas. Frente a éstos es que pareciera resonar, como un murmullo o como un estruendo, lo que cabría considerar como el sonoro vacío estilístico de la pretendida universalidad de la filosofía, cualquiera sea la lengua en que ella se exprese. Y a pesar de esto, entre las décadas pasadas del siglo recién concluido y en la que ahora estamos, han aparecido en distintas latitudes numerosos actores profesionales en la escena filosófica contemporánea, multiplicando así los espacios y las lenguas en que la palabra filosófica puede sentirse como estando cómodamente en casa.

II

¿Desde qué lugar y con qué propósito emigraron los primeros inmigrantes que abrieron un espacio en la Universidad de este país, Chile, que, de algún modo buscaron aproximarse a lo que hacía 25 siglos atrás había sucedido en Atenas, con la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles? Sabemos que esta pregunta puede provocar sonrisas un tanto irónicas y gestos de sorpresa e incluso de rechazo, por contener anacronismos y desmesuras evidentes. Sabemos que desde aquellas paradigmáticas “instituciones” atenienses hasta que se abrieron en Occidente las primeras universidades, pasó más de un milenio y medio. Sabemos que pasaron más de siete siglos desde que comenzó el proceso de consolidación de las universidades europeas, hasta que en algunas de ellas comenzaron a formarse y graduarse filósofos que inauguraron una profesión académica, inédita hasta hace un par de cientos de años. Pero también sabemos que todos quienes participamos en este Congreso Nacional de Filosofía, procedemos de aquellos gestos y

actos de algunos pocos hombres que, primero en una y después en otra universidad de la capital de este país, decidieron abrir y habitar los primeros espacios universitarios, las aulas que pudiesen acoger a quienes se entusiasaban, como ellos, con las palabras de unos cuantos puñados de filósofos habidos en Occidente. Lo que aquí sucedió hace 74 años por primera vez en la Universidad de Chile, sucedió también antes y después en otros países de la región y más allá de nuestro continente. Lo que sí podría causar alguna sorpresa para muchos que con distintas edades se dedican actualmente en este país a la filosofía, es que lo sucedido hasta hoy con la profesión de Profesor de Filosofía o Licenciado en ella, sea algo que posea una historia tan breve y, además, usualmente muy poco conocida por quienes son parte de ella.

Esta misma situación, vista desde otro ángulo, nos lleva a destacar otro aspecto de ella. Así como el día de celebración oficial de un hecho histórico de algún otro siglo distinto a aquel en que se cumple la celebración, no suele recoger la diversidad de elementos, instancias y procesos que condujeron a que él sucediera o comenzara en esa fecha, con el ejercicio profesional de la filosofía sucede lo mismo en este país. Se comenzó a practicar antes de que hubiera individuos que hubiesen recibido una formación académica sistemática para ello. Por lo demás, este es un hecho que todos sabemos se encuentra ya en el modo de existencia de los primeros filósofos griegos, ninguno de los cuales comenzó a pensar provisto de un título o grado que lo legitimara y, muchos de ellos, ni siquiera disponían del nombre de filósofo con que denominar su actividad. Si damos un vistazo rápido a lo sucedido aquí, mediante un recorte temporal que privilegia algunos hechos acaecidos luego de haberse afianzado ya en buena medida la organización de este país como república, nos encontramos con que en algunas de sus instituciones se iniciaron los primeros escauceos de existencia independiente de ella.

Sobre el trasfondo del valor y el brillo milenario adquirido por la filosofía en Occidente, en 1843 comienza en nuestra república la enseñanza formal de ella en el Instituto Nacional, respaldada por su inclusión con tres horas en el último año de su plan de estudios específico. Un año después de la fundación de la Universidad de Chile, la filosofía sale así a un espacio distinto de aquel donde había crecido al alero de la Universidad de San Felipe y de los claustros eclesiásticos que, tanto en Europa como, por lo pronto, en este país, fueron sus primeros lugares subsidiarios de incubación. Una huella de esa realidad centenaria se encuentra en que el latín era la única asignatura que se enseñaba en ese Instituto desde 1° a 6° año. Sin entrar ahora en detalles, y dando un salto largo, triple, solo digamos que en las reformas educacionales de 1893, de 1912 y 1935 se consolidan los estudios de filosofía en los dos últimos años de la Enseñanza Media, con dos o tres horas en cada uno de ellos.

Nos detenemos en una fecha indicada en esta rápida mirada, pues 1935 es un año especial. A semejanza de lo que sucedió en Europa, aunque con otros tiempos distintos, acá hubo que esperar casi un siglo antes que se convirtiera en realidad la necesidad de comenzar a formar profesores de filosofía que, como profesionales con una formación específica, se hicieran cargo de ampliar la educación de los jóvenes de la Enseñanza Media a través de ese saber.

Preguntemos de nuevo ¿de dónde emigraron esos inmigrantes llegados a la Universidad de Chile en 1935, que crearon el primer Departamento de Filosofía que se propuso formar profesores de filosofía para la Enseñanza Media de la nación? Aunque en verdad no sea tan extraño, fueron emigrantes que salieron del mismo lugar al cual inmigraron, es decir, Chile. Su punto de llegada no fue distinto al de la partida. En el límite, podría decirse que, mediante la lectura de los libros de filosofía disponibles para ellos y montados en el ejercicio de la reflexión filosófica que allí aprendieron, viajaron

miles de kilómetros y por distintas culturas, sin moverse de esta tierra. Y no es extraño, porque suele suceder con la filosofía que, para llegar a ella, no es imprescindible moverse del lugar en que se nació y creció. Puede bastar con una buena lectura de unos cuantos libros de tal oficio bien seleccionados. Con ella, además de tener que descifrar conceptos y alfabetizarse sobre el conocimiento y la verdad de las cosas, la naturaleza, la condición humana y las relaciones entre los seres de nuestra especie, de hecho y por lo menos, se recorre, se viaja por gran parte de Europa y el Mediterráneo.

Si entregamos ahora un solo rasgo significativo de la condición de estos inmigrantes que dieron inicio a la filosofía como una profesión en la Universidad, cabría decir que vital e intelectualmente eran hombres que vivían en lo que pudiera llamarse como dos mundos específicos de intereses y preocupaciones. Los que se asentaron formalmente a partir de 1935 en la Universidad de Chile, compartían, por una parte, un compromiso social y político con el desarrollo de la educación pública nacional, abierta a todos los ciudadanos del país sin distinción de credos ni ideologías y, por otra parte, transitaban por el mundo de la filosofía, provistos del entusiasmo y la lucidez que suele otorgar a algunos la condición de ser prácticamente autodidactas. Fueron individuos que abrieron un camino inédito hasta ese momento, y que muy pronto culminó en el título universitario de Profesor de Estado en Filosofía. En ese título confluyeron esos dos mundos y preocupaciones. Mediante él, se intentaba llevar la filosofía con el mejor nivel de formación especializada disponible en ese entonces, a lo que en ese tiempo se llamaba la Educación Secundaria, equivalente a la Educación Media de hoy. Ese fue el propósito y directriz inicial con que se crearon el Departamento y los estudios universitarios de Filosofía. Y no es casual el hecho de que varios de los mejores graduados de esas primeras promociones de estudiantes se hayan convertido muy pronto en profesores de ese Departamento así como de los de otras universidades, que poco después comenzaron a abrir también

Departamentos de Filosofía. Quienes en la Universidad de Chile comenzaron ese camino y lo estructuraron fueron Pedro León Loyola y Eugenio González Rojas. Un rasgo adicional común a ellos es que ambos, como estudiantes, fueron presidentes de la FECH en 1918 y 1922, respectivamente, y también rectores de la Universidad de Chile, en calidad de interino y por un breve período, el primero, y entre 1963 y 1967, el segundo. En conjunción con estos dos personajes, un tercer nombre que se inscribe en el mismo registro de intereses y de acciones en el campo de la filosofía y de la educación pública, es el de Enrique Molina Garmendia, quien fuera uno de los fundadores de la Universidad de Concepción y rector en ella entre 1919 y 1956, y el primer presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía, fundada en 1948.

Por lo menos entre 12 y 15 años después de 1935, hubo otros inmigrantes –en el sentido con que hemos venido usando esta palabra– que asumieron un rol semejante con respecto a la filosofía en las universidades católicas de Santiago y Valparaíso. Puede decirse de ellos que también fueron inmigrantes de dos mundos. Por una parte, provenían del mundo de la religión católica y de la teología, que buscaban consolidar los principios y verdades de su doctrina religiosa en la población del país y en particular en todos los niveles de la educación nacional. Por otra parte, transitaban igualmente por el mundo de la filosofía, que ejercía su atracción sobre ellos y para quienes el principal vínculo de conexión entre ambos mundos lo constituían las enseñanzas del doctor angélico Santo Tomás de Aquino. También en ellas el inicio específico de los estudios de filosofía tuvo el propósito de formar profesores para la Enseñanza Media y, en este caso, con una orientación declaradamente católica. Si hubiera que dar un par de nombres significativos de estas universidades por el estilo que imprimieron a sus enseñanzas y la huella que dejaron en esas instituciones, probablemente los de los sacerdotes Osvaldo Lira y Rafael Gandolfo serían los más relevantes.

Otra mención inevitable frente a la imagen empleada aquí de inmigrantes de la filosofía en Chile, se dirige a aquellos filósofos provenientes de España, Polonia, Alemania, Italia, Perú y Bolivia,² que especialmente entre las décadas de 1940 y 1960-70, enseñaron por distintos períodos en la Universidad de Chile y ocasionalmente algunos de ellos en las universidades católicas. En estos casos se trató de inmigrantes históricamente reales, algunos de los cuales dejaron huellas significativas en los estudios de filosofía que por ese entonces se iniciaban y buscaban consolidarse en esas primeras décadas.

III

En lo que sigue me interesa comunicar en esta ocasión algunos de los resultados logrados hasta este momento en una investigación FONDECYT en curso. El título de ese proyecto es: “Condiciones de existencia de la enseñanza de la filosofía en las universidades chilenas. Dispositivos para el análisis de una experiencia intelectual, política e institucional: 1935-2006”. Como el campo de trabajo de la filosofía ha sido siempre un terreno arado y sembrado por los debates y conflictos entre individuos y escuelas, corrientemente condicionados por la elección de los supuestos y estrategias de su discurso argumental y retórico, en esta investigación hemos procurado indagar, recoger y analizar el mayor número de lo que pudieran llamarse datos duros de esas condiciones en las que se ha desenvuelto la práctica de la enseñanza de la filosofía, y algunos de los logros alcanzados en las universidades del país. Datos duros en tanto son todos ellos de conocimiento y reconocimiento público, garantizado por los archivos y realidades institucionales de las universidades chilenas que han graduado a profesores y licenciados en

² Se trata de José Ferrater Mora, Bogumil Jasinowski, Erwin Johan Rüsck, Ernesto Grassi, Gerold Stahl, Alberto Wagner de Reyna, Francisco Soler, Manfredo Kempf y R. Prudencio.

filosofía, bajo los distintos planes de estudio aprobados oficialmente por ellas. Hemos levantado un censo de todos los graduados en filosofía en el país desde 1935 a 2008 (ampliando así el período previsto inicialmente), hemos registrado los títulos de sus tesis de grado, los profesores guías que las dirigieron, el año en que fueron aprobadas y el título profesional o grado académico recibido por sus autores. A pesar de los apenas 70 años transcurridos desde que en 1939 hubo el primer graduado en filosofía en la UCH, la memoria institucional al respecto es tan fragmentaria y frágil como el conocimiento que durante milenios se ha tenido de los primeros filósofos griegos, fuera de Atenas. Tuvimos que renunciar a obtener otros datos que en un comienzo nos propusimos, pues ya el logro de estos pocos indicados requirió de una tarea muchas veces ardua. Creemos poder afirmar que en la base de datos confeccionada está la información señalada de todos quienes participan en este Congreso Nacional de Filosofía (2009), que estudiaron y se graduaron en este país. A pesar de lo escueto o incluso anodino que puedan parecer estos datos, entregan información suficiente como para trazar un perfil significativo, sintomático de algunos aspectos de lo sucedido en el país con la enseñanza universitaria de la filosofía.

Para referirnos muy puntualmente solo a algunos pocos de los resultados de esta investigación, recurriremos a un apoyo comunicacional para nada frecuente en las ponencias presentadas en congresos de filosofía, proyectaremos algunos gráficos de apoyo en un programa *power point*. Más infrecuente aún en la preparación de este tipo de ponencias es que para llegar a algunos de los resultados que mostraremos, en algunas etapas hemos trabajado en equipo con profesionales de la estadística.³

³ En los gráficos en que aparece el año 1935, éste solo indica la referencia genérica al inicio de los estudios de filosofía en Chile. En los gráficos 2 y 3, el año que sigue a 1935, indica el año del primer graduado en esa universidad, así como en los gráficos 4 y 5.

GRÁFICO 1. Total de tesis de pregrado de las universidades chilenas 1935-2008: 2.383⁴
Distribución de frecuencia del año de graduación en Tesis de Pregrado en Filosofía
en las universidades chilenas durante el período de 1935 a 2008.

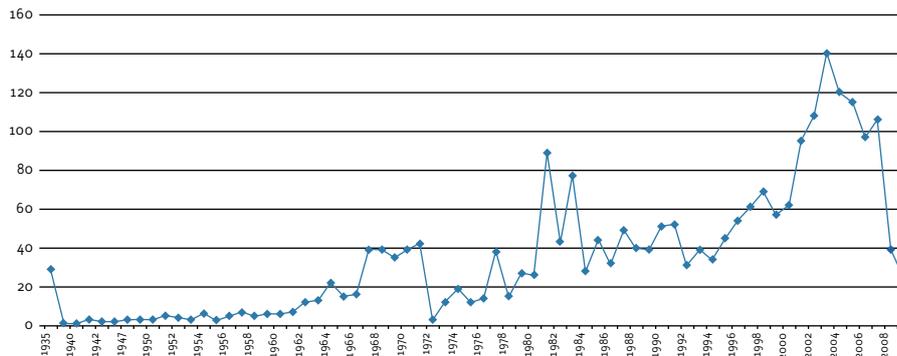
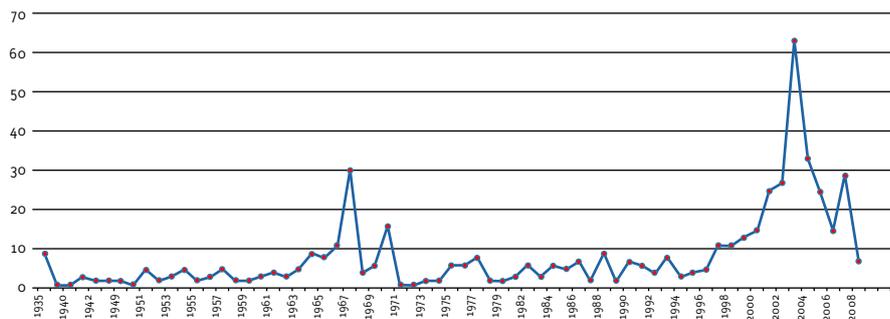


GRÁFICO 2. Graduados en la UCH desde 1935: 533 + 89 = 622

Distribución de frecuencia del año de graduación para Tesis de Pregrado en Filosofía
en la Universidad de Chile en el período de 1935 a 2008.



⁴ Con posterioridad a la redacción de esta ponencia, se amplió y cerró el registro de las tesis de pregrado ingresadas en la base de datos de esta investigación, hasta llegar a un total de 2.752 tesis. Por consiguiente, se modificaron las cifras que aparecen en los párrafos siguientes de este trabajo, así como en los gráficos ofrecidos, aunque se mantienen las tendencias allí expresadas. Debido a este hecho, no hemos actualizado esas cifras para esta publicación que nos solicitó *La Cañada*, como una suerte de adelanto a la que nos proponemos realizar una vez plenamente concluidos los análisis de esa investigación.

GRÁFICO 3. Graduados en la PUCCH desde 1947-50: 336.

Distribución de frecuencia del año de graduación para Tesis de Pregrado en Filosofía en la Pontificia Universidad Católica de Chile en el período de 1935 a 2006.

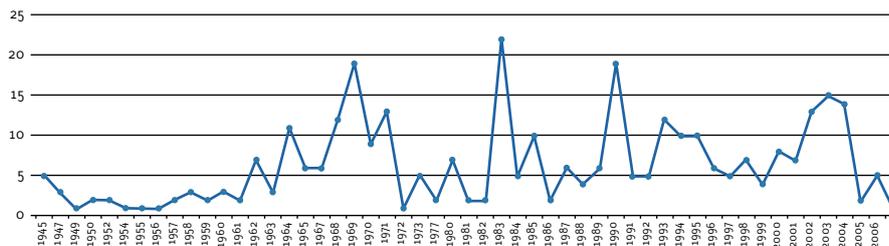


GRÁFICO 4. Graduados en la PUCV desde 1949: 245.

Distribución de frecuencia del año de graduación para Tesis de Pregrado en Filosofía en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en el período de 1956 a 2007.

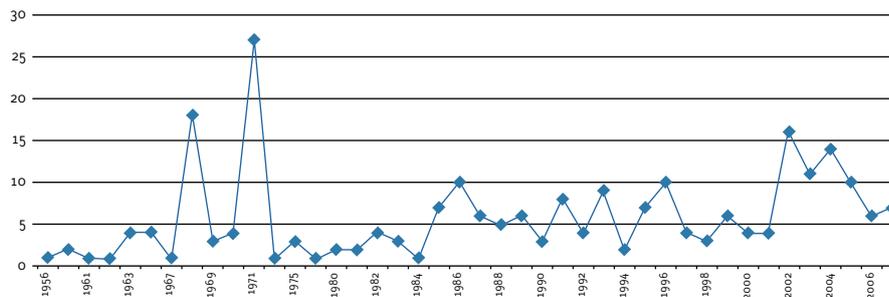
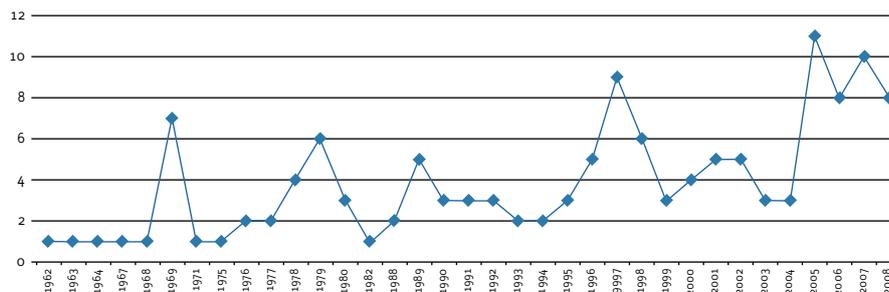


GRÁFICO 5. Graduados en la UDEC desde 1959: 135.

Distribución de frecuencia del año de graduación para Tesis de Pregrado en Filosofía en la Universidad de Concepción en el período de 1962 a 2008.



Estas son las 4 universidades que regularmente han venido formando profesores y licenciados en filosofía, por lo menos en los últimos 50 años, con un total de 1.338 graduados.

Las series de tiempo expresadas en estos gráficos muestran algunos hechos y hacen surgir algunas preguntas que, en esta ocasión y en lo fundamental, solo podemos dejar planteadas como interrogantes.

En los primeros 20 años hay un lento crecimiento de graduados que toma impulso en la década de los años 60, y en 1964 llega a 21 graduados. Oscila en la década siguiente para llegar en 1971 a 41 graduados. En 1973 se experimenta una brusca caída en todas las universidades para llegar a 4 graduados. Esta brusca caída se experimenta por igual en las 4 universidades graficadas: 1 en cada una de ellas. El golpe militar de septiembre de 1973 produjo también un efecto inmediato en los Departamentos y en los estudios de filosofía del país. No solo queda graficado por la caída abrupta de los graduados en ese

año. También se aprecia en el hecho de que varias decenas de profesores de estas universidades fueron exonerados de sus funciones en distintas fechas a partir de septiembre de 1973. 45 profesores de la Universidad de Chile, repartidos entre sus sedes Oriente (15), Norte (18) y de Valparaíso (12). En la Universidad de Concepción fueron exonerados 9 profesores y 2 renunciaron a sus cargos. En la Pontificia Universidad Católica de Chile fueron exonerados 7 profesores. La exoneración de un total de 63 miembros de Departamentos de filosofía universitarios, dio inicio a diversas variantes de aquel proceso de emigración señalado al comienzo, de exilio en algunos casos, o de desplazamientos ya sea hacia fuera del mundo académico oficial, fuera del país, y en ocasiones incluso fuera de la profesión de la filosofía. Algunos de ellos no pudieron o no quisieron regresar nunca más a la filosofía. Para esas exoneraciones, en la gran mayoría de los casos se adujeron razones políticas, por ser partidarios en distintos grados del régimen político derrocado por el golpe militar, o bien por no estar dispuestos a identificarse con los principios del gobierno militar que se implantó, o bien por no defender o compartir públicamente tales principios. La filosofía pasó a convertirse en esos momentos en una actividad fuertemente sospechosa de incitar a desobediencias, distanciamientos, desafecciones o de ser un semillero de revueltas políticas frente al régimen imperante. Además de su carácter teórico, la filosofía adquirió un valor simbólico de índole crítico, contestatario y, por ello, político, que era preciso vigilar de cerca. Y así se hizo.

Nos interesa dejar en claro que al referirnos a lo sucedido en septiembre de 1973 en el país, no pretendemos entrar a un análisis o evaluación de los elementos o relaciones entre ellos que configuraron el cuadro político que se presentó antes y después de esa fecha en la sociedad chilena. Ese no es el objetivo de nuestra investigación. Pero puesto que se trata de examinar las condiciones de existencia de la enseñanza de la filosofía en las universidades chilenas en un periodo de 74 años, en el cual ese acontecimiento se

ubica prácticamente en la mitad de él, pues sucedió 38 años después de su inicio: 1935, y desde allí hasta el término del período que examinamos en esta investigación pasaron 35 años, no podemos menos que asignarles una posición literalmente central, de notoria relevancia dentro del conjunto de los hechos que conforman tales condiciones de existencia. Son algunos de esos datos básicos obtenidos en el curso de la investigación, los que nos impiden desconocer un hecho que pone de manifiesto la profundidad y extensión de los efectos generados por ese acontecimiento, en el complejo cuadro de hechos y relaciones de lo sucedido con posterioridad a él en el campo de la filosofía en las universidades chilenas. Son esos datos los que nos han conducido inevitablemente a tener que detenernos en factores que permitan visualizar de mejor manera lo allí sucedido. Con los datos que logramos recoger de ese período de 74 años podemos situar algunos elementos de ese acontecimiento que cabría decir que, en por lo menos algún sentido, dividió a la enseñanza universitaria de la filosofía en dos partes, en dos mitades: antes y después de Septiembre de 1973.

En una primera aproximación a ese hecho, desde la cierta perspectiva del ejercicio de la filosofía, bien podría decirse que ese acontecimiento político de la sociedad chilena es un hecho externo a la práctica de la filosofía y a su enseñanza en las universidades. Si nos detuviéramos exclusivamente en los datos entregados con respecto al número de graduados en ese año, y a los profesionales universitarios de filosofía exonerados de los Departamentos de filosofía de las universidades chilenas a partir de esa fecha, resulta ya bastante difícil, si no imposible, cerrar los ojos y la mirada analítica ante ellos. Entendemos que tal cerrazón analítica sería ella misma indicativa de una determinada manera de asumir o de relacionarse con la filosofía. Por lo pronto, como una actividad que no tendría en consideración el o los lugares y las ocasiones en que se ejerce, por así decir, una actividad que se despliega fuera del espacio y del tiempo, o de la geografía y

la historia en que habitan quienes la practican. Nos parece claro que visualizarla como una especulación pura realizada en una suerte de vacío histórico, se asemeja más a una caricatura de ella antes que a la comprensión que de ella pueda tener cualquier individuo que en alguna universidad del país, por lo menos, la asuma con un mínimo rigor reflexivo. Una parte de nuestra tarea ha de consistir, por lo menos, en trazar un perfil o un bosquejo de esos antes y después, que los hagan mínimamente reconocibles ante una mirada que pretenda orientarse por algún criterio que se aparte de la caricatura de la especulación pura en el vacío.

Este acontecimiento social y político obliga a plantearse algunas preguntas, que en esta ocasión y dado el limitado tiempo disponible, quedan reducidas a un mínimo. ¿Cómo se reflejaron esos hechos políticos operantes en la sociedad, en las condiciones de existencia de la enseñanza de la filosofía en las universidades chilenas? ¿Cómo siguieron funcionando esos Departamentos de filosofía después de 1973? ¿Con qué planta de profesores y estilo genérico de trabajo académico? ¿Cómo se llenaron los cargos vaciados por las exoneraciones?

Podría decirse que a la existencia de la filosofía en la Universidad de Chile le tomó 25 años, prácticamente un cuarto de siglo, recuperarse del golpe que la desestructuró en 1973. Después de un lento crecimiento en las primeras dos décadas, entre los años 63 y 66 llega hasta 9 y 11 graduados, con una cima de 30 en 1967 y otra de 16 en 1971, para descender a 1 en 1973. Desde ese año y hasta 1997, por 24 años, se mantiene en notorias oscilaciones entre 2 y 6 ó 7 graduados por períodos bianuales. Solo desde 1997-8 comienza a ascender desde 11 graduados a 25 ó 27 el 2002, para explotar el 2003 con 63 graduados, aunque en los años siguientes desciende a 33, 26, 15 graduados, para subir a 29 el 2007. Eso por una parte, pues por otra también puede señalarse el hecho de que la decisión de reemplazar las tesis de grado más extensas por las tesinas

más breves, para efectos de graduación, cumplió su propósito. Pero igualmente puede decirse que allí ha producido efectos la modalidad de educación continua que busca establecer un mejor puente entre los estudios de pregrado y los de postgrado, pues desde fines de los años 70 se inició un Programa de Magíster y hacia mediados de los 90 otro de Doctorado, que igualmente ha generado en conjunto a 138 graduados. En el pregrado sus cifras arrojan 533 graduados, que si se suman los 89 graduados en su sede de Valparaíso entre 1962 y 1980, asciende a 622.

Genéricamente se puede decir que en todas las universidades toma alrededor de 10 años el que en ellas comiencen a graduarse sus primeros estudiantes. En la Pontificia Universidad Católica de Chile comienza una tendencia de mayores graduaciones a partir de 1962 con 7 graduados y oscilaciones que alcanzan a 28 en 1969, baja hasta 8 y 15 en los años anteriores a 1973, en que se desploma a 1 graduado. El punto de mayor recuperación se alcanza 10 años más tarde en 1983 con 23 graduados, precedido y seguido por oscilaciones entre 1 y 10 graduados, alcanzando una cima de 19 en 1990, para continuar oscilando en los años siguientes y hasta 2007 entre 4 y 15 graduados, con un total para todo el período de 336.

En la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso se alcanza una primera cima de 18 graduados en 1968, y luego de un descenso en los 2 años siguientes alcanza su mayor cima de 27 graduados en 1972, para caer a 1 en 1973 y oscilar en los 10 años siguientes hasta un máximo de 4; desde 1985 a 2001 se mantiene oscilando entre un máximo de 10 graduados y un mínimo de 2, hasta alcanzar otra cima de 16 en 2002, con descensos posteriores. En el período de 59 años examinados se graduaron allí 245 estudiantes.

También la Universidad de Concepción alcanza su primera cima de 7 graduados en 1969, desciende a 1 entre 1972-3, remonta a 6 en 1979 y se mantiene oscilando bajo

esas cifras hasta 1997 en que llega a 9 graduados, para alcanzar a 11 en 2005, luego de algunas notorias variaciones entre esas dos fechas, con un total de 135 graduados entre 1959 y 2008.

Los efectos del golpe militar sobre las Carreras de filosofía de estas tres últimas universidades, puede decirse que se sintieron en ellas por lo menos durante una década; y a pesar de los matices que puedan señalarse entre ellas, les es común un grado de involución claramente perceptible con respecto a lo alcanzado en la década anterior a 1973. Como ya aludimos antes, el daño más profundo en la formación de graduados en filosofía a raíz del golpe militar lo experimentó, sin duda, la Universidad de Chile, y no solo por el hecho de que a ella le tomó por lo menos 24 años recuperar una proporción o tendencia de su nivel de tasas de graduados semejante al de los años anteriores a 1973.

La última pregunta de las formuladas más arriba, se puede abordar con mayor rapidez, pues los nombres de filósofos censurados son ampliamente conocidos y no es del caso repetirlos ahora. En cambio, sí es preciso decir claramente que el silencio y la cautela intelectuales –para ser discretos en el decir, a más de 20 años de esos hechos– se convirtieron en un modo de vida, o más bien de sobrevivencia, para muchos que permanecieron en las universidades. Aunque la convivencia y el aire que allí se respiraba estuviera enrarecido, en muchos casos se experimentaba como siendo preferible a carecer totalmente del aire no solo filosófico, sino también vital. Varios Departamentos de filosofía tuvieron que extremar un procedimiento que había resultado natural en las primeras décadas –no tan lejanas en aquel momento– de sus respectivos procesos de desarrollo y de formación del personal académico. Se reforzó la endogamia académica, la autorreproducción de las comunidades académicas, y se entregaron responsabilidades docentes o de investigación a estudiantes o ayudantes circunstancialmente recién graduados. Junto a otros profesores de confianza del régimen universitario-militar, se

configuraron así plantas académicas, en algunos casos, de una gran homogeneidad generacional, lo cual, a su vez, ha dificultado posteriormente la renovación generacional de esas plantas, pero también la convivencia en ellas de generaciones de distintas edades.

Paralelamente hubo otro tipo de desplazamientos –y no solo de jóvenes docentes– desde algunas universidades en particular a otras.

Este último hecho requiere de una breve contextualización. En diciembre-enero de 1980-81 el gobierno militar –sin consulta con ninguna comunidad académica-universitaria– decidió transformar mediante decretos todo el sistema de educación superior del país –además del de la Enseñanza Media–, y junto con ello, hacer desaparecer la condición de universidad nacional que hasta esa fecha tuvo la Universidad de Chile. Esa condición se había reforzado en diversas regiones en la década de los años 60 con la creación de Colegios Universitarios, dependientes de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile bajo el decanato, en ese entonces, de Eugenio González, y que poco más tarde se convirtieron en sedes regionales de la Universidad de Chile en Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Talca, Osorno y Temuco. Mediante esos Decretos la Universidad de Chile perdió todas sus sedes, las que en el nuevo sistema fueron transformadas en universidades regionales autónomas. Lo significativo de este hecho para nuestro interés actual, reside en que todas las carreras de pedagogía impartidas por ella a través de sus Facultades de Filosofía o de Humanidades pasaron a depender de las Academias de Ciencias Pedagógicas de Santiago y de su similar en Valparaíso, creadas en ese momento, 1981, y que poco después fueron convertidas en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, en Santiago, y la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, en Valparaíso. En ambos casos la formación de profesores de filosofía dejó de entregarse por parte de la Universidad de Chile y

pasó a ser ofrecida por estas otras dos universidades. Para lograr este objetivo y bajo los criterios de control militar e ideológico prevaecientes en esas fechas, a la endogamia académica ya señalada se agregaron otros factores más largos de explicar, y que no son del caso hacer en este momento.

Un solo dato indicativo del cambio de régimen producido en esas fechas en la educación universitaria, es que el año 1982 se graduó el último estudiante con el título de Profesor de Estado en Filosofía, pues ese título fue eliminado de entre los que otorgaba la Universidad de Chile, para entregar en adelante solo la Licenciatura en Filosofía. Estimo que este dato corresponde probablemente a uno de los últimos elementos explícitos de la vieja disputa establecida en el campo de la educación, existente todavía en las décadas de 1940 a 1970: la que enfrentaba a las posiciones del Estado Docente que propiciaba una educación pública, con preocupación social y laica, y la de la Libertad de Enseñanza que defendía una educación privada o particular con opciones religiosas explícitas, y que en los años 80 tendió a hacer alianzas puntuales con los valores del nacionalismo tradicional y de realce de la patria. La desaparición de ese título para quedar solo el de Profesor de Filosofía, que se contrapone y distingue frente al de Licenciatura en Filosofía, estimamos que reproduce una vieja querella que comenzó a darse relativamente pronto luego del inicio de los estudios de filosofía en la Universidad de Chile. Este tema, a semejanza de lo dicho al final del párrafo anterior, requiere de un análisis que no es posible presentar en esta ocasión.

Como señalé antes, esta es una investigación que aún está en curso acerca de las condiciones de existencia de la filosofía en las universidades chilenas. Agradezco la oportunidad ofrecida de presentarles hoy un avance de un par de aspectos de ese trabajo, que aún requiere de una mayor elaboración y análisis del material recogido y registrado.